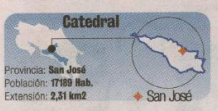
HOMBRE ENDEUDADO HASTA EL ALMA SABÍA QUE ERA UN "MONSTRUO"

MATÓ A LA FAMILIA POR NO PEGAR LOTERÍA



Provincia: **San José**
Población: **17189 Hab.**
Extensión: **2,31 km2**

SILVIA COTO
silvia.coto@lateja.co.cr

No tener plata para pagar las grandes deudas en las que se había metido, transformó a un hombre de 57 años en un monstruo capaz de matar a su esposa y a sus tres hijas en 1955.

Luego, para no exponerse "al juicio de sus compañeros y familiares", se suicidó.

"De aquí en momento deben mi esposa e hijas tener la más pequeña sospecha de la tragedia de su padre, por eso me las llevo conmigo porque no podríamos vivir un momento separados", escribió Mario Aguilar Marín la noche antes de los asesinatos (vea recuadro "Las últimas líneas del diario").

Aquel crimen que conmocionó al país ocurrió el lunes 31 de octubre de 1955, a las 6 a.m., en una casa sencilla de las que había en ese entonces en barrio Güell, que queda allá por la ferretería El Pipiolo (cerca de plaza Víquez).

Aguilar trabajaba de contador en el Instituto Nacional de Seguros (INS). Estaba casado con Isabel Segura, de 30 años, y tenían tres hijas: Leda María, de 7 años; Nora María, de 5; y María del Pilar, de 4.

La familia no sospechaba nada y se veían todos como en un retrato: muy felices, según pudo determinar el juez que hizo la investigación y entrevistó a vecinos y parientes de los Aguilar Segura.

Después, se supo que el contador era víctima de una depresión nerviosa producida por la situación que vivía.

1 año estuvo enferma Isabel.

Fatal enfermedad. "Marito", como le decían sus amigos, faltaba mucho al brete para dedicarse a su esposa enferma, sobre todo desde hacía un año.

Isabel sufría de los nervios y esto le impedía dormir. Cuando lograba cerrar los ojos, despertaba viendo alucinaciones y escuchaba ruidos, que para la ciencia eran inexplicables. Otros días, le dolían el hígado y el estómago por los medicamentos.

Mario pasó de ser un hombre apacible a uno de mal carácter; aunque cumplía los pagos de las deudas, se había gastado una fortuna para que su esposa recibiera buenos tratamientos.

Lo que debía llegó a ser inmaneiable, y Mario empezó a poner su fe en la lotería para salir del hueco en el que estaba.

La última noche que la familia pasó con vida, llevó a su esposa e hijas a pasear por San José. Cuenta en su diario que regresaron a las cinco de la tarde y se puso a oír los chances.

"Aquella leve lucecita de esperanza se esfumó, no pegué ni terminación", escribió.

Varios días antes del 31 de octubre, estaba decidido a acabar con todos y compró el arma para concretar sus planes.

Tal vez para encontrar un poco de paz visitó al padre Salas Valenciano, a quien reveló detalles que el curo se llevó a la tumba.

5 balas le puso al arma

Maravilloso día. El domingo antes del crimen Mario, además de ir con las hijas y luego con la esposa a darse una vuelta, pasó donde la mamá y las hermanas "con intención de verlas por última vez". Las abrazó y rió un poco con ellas.

Esa noche, Mario también fue al INS para dejar listos algunos detalles en la oficina y hasta se quedó un rato conversando con los guardas, como siempre lo hacía, lo cual impidió que sospecharan la tragedia que estaba por suceder.

Antes de cometer el crimen, escribió tres cartas: una para la madre, una para la suegra y otra para su jefe, Enrique Lara, el gerente del INS.

Sacó tiempo, además, para relatar en su diario que sabía que pasaría a la historia como un monstruo. Esperaba que ya muertos, volvieran a reunirse en algún lugar. "Dios sabrá comprenderme", manifestó.

En la mañana del lunes, Aguilar sacó de una cajita de madera el arma de cañón largo, calibre 32, y le colocó solamente cinco tiros; uno para cada uno.

Aviso o súplica. A las 6 de la mañana, agarró el teléfono y llamó a Lara para contarle que estaba loco, que su situación era deplorable y se sentía desesperado.

Lara, oliendo la tragedia, dio aviso al jefe inmediato de Mario, don Carlos Alberto Coronado, quien a su vez llamó al Cuerpo de Bomberos para que fueran a hacer algo para detener a su contador.

La empleada de Mario, Zelmira Beita, llegó temprano como él se lo había pedido. Al verla, la mandó donde la madre de él, a informarle que algo extraño estaba pasando en la casa.

3 cartas dejó Mario cerca del cuerpo de su esposa.

La mujer se marchó a toda prisa sin sospechar que estaba siendo parte del plan de su patrón.

Cuando los bomberos llegaron, nada podían hacer. Isabel estaba acostada en pijama. Mario le había pegado un balazo en la cabeza y murió de inmediato.

Las tres niñas lograron sobrevivir unas horas más. Mario, a quien las lágrimas le bajaban por las mejillas, se sentó en un sillón y jaló el gatillo.

Las niñas y su padre fueron llevadas al hospital San Juan de Dios. Unas cuadras antes de llegar, Mario falleció.

Los médicos lucharon por va-

Mario no encontró mejor salida a sus deudas que matar a su esposa e hijas y luego suicidarse. ILUSTRACIÓN DUNKAN

En las casas pusieron banderas blancas por solidaridad. ARCHIVO

Pocos vivieron aquella tragedia

"Las chiquitas eran muy lindas"

rias horas en la sala de operaciones para salvar a la chiquitas, pero murieron una tras otra: primero Leda; luego "Pilarcita", a quien habían vestido con el hábito de la Virgen del Carmen; y a las 7:20 de la noche, Nora.

El juez penal Francisco Sáenz Meza recogió las tres cartas que estaban colocadas cerca del cuerpo de Isabel y también el arma.

Los cadáveres fueron entregados de inmediato a los familiares, pues no había nada que investigar; el caso estaba cerrado.

El hombre había encontrado una salida muy cruel a sus desdichas económicas. Su familia pagó con su vida el que él no supiera administrar la plata.

Nadie podía creer lo sucedido, pues Mario e Isabel siempre se veían como una familia unida y feliz. Pese a eso, Aguilar no tuvo valor para contarles lo que estaba viviendo.

Las familias dieron el último adiós a los esposos y a las tres hijas con lazos y banderines blancos colocados en las pocas casas que había en el barrio Güell, como señal de la solidaridad.

Aunque Mario había pedido a su jefe que no les hicieran misa y los enterraran en una fosa común, sus vecinos rezaron por el descanso de sus almas.

En el lugar donde murió la familia Aguilar Solís, 57 años después, existen varias casas. En el barrio josefino muy pocos recuerdan lo sucedido y señalan que ese lugar ha sido escenario de varias muertes trágicas.

✦ SILVIA COTO
silvia.coto@lateja.co.cr

Doña María Isabel Morales tenía 12 años en 1955.

El relato de aquella triste historia pasó en su familia de generación en generación.

"Eran una familia muy bonita y educada. Recuerdo que las chiquitas eran muy lindas, siempre estaban juntas. Yo era mucho mayor que ellas, aquí no había muchas casas, estaban alejadas y la calle era de tierra. Todavía olía a campo", detalló la mujer de 69 años.

La noticia de que Mario había matado a su esposa fue lo primero que se supo, todos especulaban las razones.

"Mi mamá estaba levantada cuando eso pasó. Me acuerdo que le dijo a mi papá que había escuchado unos tiros. Él le contestó que seguro habían sido unos vagabundos. Entonces llegaron los detectives y los bomberos, y empezaron a sacar (los cuerpos) uno por uno de la casa. Decían que las había baleado y luego se disparó él también. Yo, en mi inocencia de niña, lo que hice fue llorar", relató esta señora, mamá de cinco hijos.

Doña "Isa" asegura que sus padres les pusieron vestidos blancos a ella y a sus hermanos y colocaron unas cruces blancas de trapo como muestra de solidaridad y dolor por lo que se vivía en la comunidad.

"Mi mamá, que ya falleció, me contó que el señor no podía pagar las deudas y s se sabía que su esposa estaba muy enferma. Decían que por eso decidió que lo mejor era morir; pero nadie imaginó que una depresión fuera a detonar algo así; ellos eran muy queridos, y los patrones del señor también lo estimaban, tal vez la vergüenza impidió que pidiera ayuda", dijo.

Ella aún vive en barrio Güell y asegura que durante muchos meses se escucharon rumores, pero para los vecinos y conocidos la trágica partida de la pareja y sus hijas los marcó.

"La familia era de San José, nunca supe más de la mamá del joven ni de las hermanas. La mayoría de la gente de esa época falleció, otros se fueron. Quedamos muy poquitos", concluyó Morales.

LAS ÚLTIMAS LÍNEAS DE SU DIARIO

Domingo 30 de octubre 1955

Anoche me acosté a las 12, y no puedo decir que dormí mal. A pesar del trance que estoy viviendo, no me dio pereza o repugnancia sacar el revólver de su cajita nueva para cargarlo.

Nos levantamos hoy un poco tarde, como todos los domingos, salimos todos a dar una vuelta por el Parque Central, mis hijas brincaban de gozo viendo las muñecas tempraneras en las vitrinas. Fuimos al aeropuerto, almorzamos con apetito. Isabel por su dolencia hepática se sentía mareada y por eso solo fuimos las chiquitas y yo a ver tiras cómicas y fábulas al (cine) Palace (estaba a la par del Melico Salazar). Regresamos y como Isabel ya se sentía bien volvimos a salir, paseamos largo rato a pie, tomamos otros refrescos y una cerveza probé entonces. Regresamos a la casa a las 5 y oí los chances, aquella leve lucecita de esperanza se esfumó, no pegué ni terminación. A todo esto durante el curso del día, aunque las garras del miedo se han hincando en mis entrañas, me las he compuesto para aparentar un semblante sereno.

Le dije a mi esposa que descansara ella, pues yo tenía que ir al Instituto a firmar unos cheques. Primero pasé a casa de mi mamá y hermanas con intención de verlas por última vez. Soy un monstruo, sí la gente endomingada se desgarra al pensar que debo dejar la vida, pasan parejas de enamorados con sus mejores ropas, al cine, a pasear tranquilos.

Llegué a casa temprano, besé acariciando a mis hijitas antes de que entren al sueño del que no despertarán jamás. ¡Oh nos dará Dios otro chance en otra vida para que nos reunamos y seamos felices! Dios mío, dame valor pues estoy seguro de que lo que voy a hacer es la única salvación. No podría confesar personalmente mi traición. No podría entregarme al juicio de mis compañeros y familiares, mi esposa se moriría de vergüenza cómo todos lo comprenderían. No, en ningún momento deben mi esposa e hijas tener la más pequeña sospecha de la tragedia de su padre, por eso me las llevo conmigo porque no podríamos vivir un momento separados, pasaré a la historia como un monstruo, pero Dios sabrá comprenderme. Qué simbólico, sin duda la sirvienta quebró la pequeña bailarina que tengo en frente mío en esta mesa porque acaba de caer partida por la mitad como nuestra vida. Lo he planeado todo fríamente. Pero el pánico me está invadiendo. ¿Tendré valor de apretar el gatillo cinco veces? Lo voy a hacer entre la 1 y 2 de la madrugada para que a los vecinos les cueste levantarse a infringir el lugar de los disparos. ¿Funcionará el revólver? Además es la primera vez en la vida que tomo un arma de fuego.

En el lugar donde ocurrió el crimen, han pasado otras tragedias. S. COTO